



pando todas las plazas fuertes, nada habían conseguido los franceses: allí, como en España, sólo eran dueños del terreno que pisaban. El general portugués Silveira, obligado á retirarse de Chaves á la cordillera que parte límites con Galicia, había llamado á las armas á aquellos valientes montañeses, y volviendo sobre Chaves, Braga y Guimaraens, las había recobrado rindiendo las débiles guarniciones que dejara el francés. Lo que Soult conquistaba, Silveira á su espalda lo recuperaba. Considerando aquél que nada había logrado despues de una travesía tan penosa, viendo que la población se levantaba en masa á su rededor, y faltándole comunicaciones de los generales Lapisse y Víctor, que por Castilla y Extremadura debían cooperar al mismo fin, determinó suspender su marcha hácia Lisboa hasta recibir noticias, limitándose entretanto á conservar lo que ocupaba.

Aun esto fué siéndole cada día más difícil, pues Silveira, creciendo en osadía, atacó la línea del Souza (12 de Abril), se apoderó de Peñafiel, y si luego tuvo que retirarse, no fué sino despues de una tenaz resistencia, que se prolongó en Amarante hasta el 2 de Mayo. Pliegos cogidos en esta ciudad revelaron al invasor que las dificultades, en vez de desaparecer, se aumentaban. Supo la insurrección general de Galicia, que le cerraba una retirada posible, y que el ejército inglés, hasta entonces acantonado en Lisboa, debía en breve recibir considerable refuerzo. En vista del aspecto siniestro que presentaba á Soult su horizonte en Oporto, determinó permanecer allí hasta que las circunstancias variasen y tratar al país con una política opuesta á la que los demas generales franceses observaban comunmente con los pueblos sujetos. Encomendó á sus tropas la más rígida disciplina y la dulzura con el paisano; llamó á su lado á las personas más influyentes en la opinión pública; les presentó la invasión como un suceso de que tal vez debían felicitarse, abandonado como se veía el reino por la real familia, puesto que no sería difícil alcanzar que el emperador realizase ahora la promesa hecha en el tratado de Fontainebleau, de constituir en estado independiente la ciudad de Oporto y

su provincia con el nombre de Lusitania septentrional; les pintó el risueño porvenir que al través de esta idea columbraba, y lo comparó con la triste y bochornosa suerte que les reservaba la Inglaterra tratando al Portugal como una colonia. Sus providencias estuvieron de acuerdo con sus manifestaciones; y á su influjo, las prevenciones contra los franceses fueron perdiendo su primera animosidad. Espontánea ó sugerida, llegó el caso de que doce portugueses enviasen á Napoleon una felicitación pidiendo por rey á su general en Oporto, á quien llamaban «padre y libertador de Portugal.»

Se han atribuido estos hechos á excitaciones del mismo Soult, ansioso de ceñirse una corona, y á la verdad las sospechas parecen encontrar alguna relación con otro hecho más conocido. El cansancio de los combates, la ambición de los mariscales y otras circunstancias de la época, habían dado origen á una sociedad secreta llamada de los Filadelfos, que se proponía destronar á la familia imperial y restituir la Francia á la república. Pertenecían á ella varios jefes de los ejércitos que Napoleon tenía esparcidos por Europa, y se sabe que el de Soult era de los que más había minado la conspiración. De aquí el suceso que vamos á referir en analogía con el pensamiento que se supone en aquel general.

Se presentó en Lisboa un ayudante mayor, Mr. Argenson, solicitando la atención de Wellesley sobre un proyecto de grande importancia para la paz del mundo, que no era sino el de la sociedad de los Filadelfos, próximo á realizarse. Empero la revelación se hizo de una manera que indujo al inglés á sospechar otros fines, y contestó que no desistía de atacar al ejército francés mientras se hallase en Portugal: pero que entraría en un convenio para facilitarle la retirada, dado el grito contra Napoleon. No llegó este caso, porque vuelto el emisario á Oporto, tuvo la indiscreción de revelar el paso dado al general Lefebvre, suponiéndole comprometido; éste lo hizo prender, y aunque le facilitaron la evasión á Inglaterra, habiendo ido á Francia á buscar su familia, fué descubierto y fusilado.

El lector deducirá si ha podido haber rela-

ción entre estos hechos y el designio atribuido á Soult, una vez que no ha llegado nunca á aclararse el misterio de la sociedad de los Filadelfos.

Si tales aspiraciones tuvo el mariscal francés, pronto se vió forzado á renunciar á ellas. El ejército inglés de Portugal, reducido despues de la expedición de Moore á España á diez mil hombres, fué reforzado por su gobierno cuando notó que los reveses no abatían á los españoles y que el Austria ofrecía aumentar el número de los enemigos del emperador. Elevado hasta veinte mil hombres, nombró su general en jefe al vencedor de Roliza y de Vimeiro, el joven Wellesley, quien se puso inmediatamente en movimiento (20 de Abril) ansioso de restaurar el buen nombre del ejército inglés en la Península.

No se dirigió á Extremadura para obrar de acuerdo con Cuesta, segun este general y el gobierno español deseaban, sino contra Soult, que, menospreciado, hubiera podido en ocasión crítica caer por su espalda. Llegó á Coimbra el 2 de Mayo, llevando además de su ejército ocho mil portugueses, y estableciendo comunicaciones con el resto de las fuerzas del país que eran: doce mil hombres, á las órdenes del general Mackenzie, situados á orillas del Tajo, entre Santarén y Abrantes, con una avanzada de un regimiento de milicias y una legión lusitana sobre el puente de Alcántara; la gente de Silveira, que al marchar contra Amarante, se componía de seis mil de tropa y quince mil paisanos; por último, el ejército de quince á veinte mil plazas que el príncipe regente de Portugal había puesto bajo las órdenes del general inglés Beresford, nombrándole general en jefe de sus tropas, pero dependiente de Wellesley para la necesaria unidad de las operaciones.

El plan de este general era obligar al enemigo á rendirse en la especie de presidio en que permanecía encerrado ó precisarle á una retirada desastrosa, que equivaliese por sus efectos á la rendición. Para eso mientras él marchaba por Aveiro, orillas del mar, á Oporto, Beresford se dirigía por Viseu á pasar el Duero en Lamego y unirse en Amarante á Silveira, cuya retirada se ignoraba, á fin de cerrar á



Soult aquel camino. Este adivinó luego las miras de su contrario; pero no se resolvió á abandonar su posición sin un hecho que justificase su abandono de la misión que le había llevado á Portugal, careciendo de su auxilio del mariscal Víctor.

Así que supo por el general de caballería Franceschi que la vanguardia del enemigo acababa de arrojarlo de su posición avanzada del Vouga, hizo destruir el puente de barcas. Pero Wellesley, que también había previsto este caso, destacó inmediatamente al general Murray para atravesar el Duero en Abintas, á fin de que cayese de flanco sobre el enemigo cuando fuese atacado de frente por lord Paget, que pasaría al mismo tiempo el río por Villanova, cerca del puente destruido. Verificaron uno y otro su operación en la noche del 11 al 12 con tan buena fortuna, que cuando los franceses tuvieron la primera noticia, ya Paget se había fortificado en la orilla opuesta para proteger el desembarco del resto. En vano Soult dirige sus batallones á rechazar los ingleses y pelean con este objeto bizarramente. Durante el combate recibió aviso de que otra división enemiga bajaba por la orilla derecha y amenazaba envolverle por este flanco: era Murray. No aguardó más el mariscal para emprender la retirada, y con tal precipitación, que dejó en la plaza mil doscientos enfermos, cincuenta piezas de artillería y mucha parte de sus bagajes. Los ingleses llegaron á tiempo de batirse con su retaguardia en las calles, cogiéndole bastantes prisioneros. Se ha censurado con razón á Soult su poca vigilancia sobre el Duero y su indiscreta confianza.

Le honra más ciertamente la retirada. Dos caminos tenía á escoger: el del Miño por Braga y Ponte de Lima, y el Amarante, que era ménos difícil y le permitía pasar á Galicia ó á Castilla segun las circunstancias. Optó por éste; pero al llegar á Peñafiel, supo que Loison había sido arrojado de la línea del Tâmega por las fuerzas de Beresford, Silveira y Wilson, y que se hallaba en una posición peligrosísima, porque Wellesley podía adelantarse por el camino de Ponte de Lima.

No le quedaba más que un punto para la



retirada, arriesgado, penosísimo, el de Braga, subiendo despues por la orilla izquierda del Cavado para ir á dar á la provincia de Orense, y lo siguió ostentando en todo él una serenidad, fortaleza y energía admirables. Antes de meterse en las montañas, inutilizó la artillería y las municiones, y abandonó el tesoro del ejército para ejecutar con ménos atenciones y más rapidez la marcha. Esta fué un continuado combate con los paisanos apostados en los peñascos que flanquean el camino por la derecha, no siendo menores los peligros que amenazaban á los franceses por la izquierda con los precipicios por cuyo fondo serpentea espumoso el Cavado. Con frecuencia tenían que atravesar torrentes saltando uno á uno por medio de piedras colocadas en su curso, y constantemente hostigados por el paisanaje. Con entereza de ánimo caminaron, sin embargo, hasta llegar al puente de Saltador: allí, oyendo cañonazos, creyeron estar cortados por los ingleses, y tal impresion de terror causaron en el ejército, que muchos se desbandaron soltando las armas, y otros, precipitándose á pasar el puente, cayeron y perecieron. Soult pudo restablecer luego el orden, y por fin el 17, al llegar á Montalegre, villa asentada sobre un risueño monte en medio de un tendido llano, se felicitó de haber salvado tan venturosamente su ejército. De noche se vieron en las alturas más cercanas las fogatas de Silveira, que se habia corrido de flanco á cortarles la retirada, suponiendo que irían por Chaves; pero ya no podían llegar á tiempo. A la mañana siguiente entraron en Galicia por la provincia de Orense, y á tales trasportes de júbilo se entregaron que se dijera al verlos era aquella su patria ó una tierra amiga. ¡Sin embargo, Galicia estaba siendo ya otro sepulcro abierto de la Francia!

Despues de la terrible rota de Medellin, que hizo correr al ejército de Cuesta hasta las montañas que confinan con Andalucía, el mariscal Víctor se situó en la antigua ciudad de Mérida, asentada en la márgen derecha del Guadiana, para observar sus movimientos, mantener en alarma á Badajoz y estar á la expectativa de los sucesos de Portugal.

Contra esta plaza hizo en los primeros una

tentativa que rechazó á cañonazos su junta. Despues no se movió hasta que se le incorporó el general Lapisse.

Habia sido éste destinado, en combinacion con Soult y Víctor, á invadir el Portugal por la parte de Castilla. Situado en Ledesma y Saianmanca con diez mil hombres, apenas habia hecho, desde que se apoderó de Zamora en Enero, más que una tentativa en Marzo contra Ciudad-Rodrigo. Contaba más que en sus armas en vergonzosas maquinaciones, y quizá hubieran tenido buen éxito sin la decision de los patriotas y la actividad del jefe de la legion lusitana allí acantonado, sir Roberto Wilson, uno de los extranjeros á quienes más debió entonces la causa española. Habiéndole éste cortado las comunicaciones con Víctor, y previendo que la insurreccion de los pueblos comarcanos de aquella plaza pudiera llegar á cercarlo y comprometerlo, resolvió pasar á Extremadura á incorporarse con el ejército de Mérida. Pudo conseguirlo (19 de Abril) forzando el paso de Alcántara, cuya villa saqueó y maltrató inhumanamente.

Juntos los dos generales, y con la orden que tuvieron de José, trataron de llevar á cabo, aunque tardamente, la mision del emperador sobre Portugal. Encamináronse á Alcántara, cuyo puente pasaron sin contratiempo por no haberlo podido volar el coronel inglés Mayne, y tras él llegaron hasta Castello-Branco (14 de Mayo). Allí, atemorizados por la presencia de Mackenzie en Abrantes, y llegando luego á sus oídos el rumor de la retirada de Soult, acordaron volver sobre sus pasos.

Empero ya no avanzó hasta Mérida porque Cuesta en su ausencia habia osado bajar á establecerse en la Fuente del Maestre, y la insurreccion de los pueblos de las orillas del Tago le hacia mirar con recelo aquella posicion. Se quedó en Torremocha, y aún de allí, atemorizado del aumento que tomaba el ejército de Cuesta, y de la llegada de ingleses á Castello-Branco, recejó luego (19 de Junio) hasta Plasencia, haciendo volar el famoso puente de Alcántara cuando lo hubo repasado. En ninguna de las guerras ocurridas hasta entonces en España se habia hecho más que volar uno de sus ojos.

CAPÍTULO XXIII

Las guerrillas y los guerrilleros españoles.—Galicia.—Asturias.

La insurreccion de Galicia no se habia apagado con la salida de Soult, sino, por el contrario, tomado mayor incremento. En breve no hubo en toda aquella espaciosa tierra, como en Cataluña, un solo hombre capaz de manejar un arma, ya la escopeta ó el trabuco, ya la espada ó la hoz, que no corriese á alistarse en alguna de las numerosas partidas que se formaron en derredor de los patriotas más ardientes y queridos del país. Brotaron entonces allí en grande muchedumbre, cual si del seno de la tierra salieran, esos pequeños ejércitos que operan libremente bajo la direccion de un caudillo independiente por una misma causa; esas guerrillas que nos han hecho célebres en el mundo y á las cuales debemos nuestras más brillantes glorias militares.

Las guerrillas son en España una creacion especial, hija de la naturaleza de su suelo, de la índole de su raza y de su historia. La tierra quebrada y desigual, sembrada de agrias montañas, pequeños valles y espaciosos llanos, ofrece á la guerra defensiva abundantes medios para una dilatada lucha. El genio altivo y sagaz del hijo de esta tierra, su valor, agilidad, frugales costumbres y sufrimiento; su amor al monte ó al valle en que se mecía su cuna, hacen de él un excelente soldado para la guerra

de ingenio, en que la osadía y la sorpresa juegan el principal papel. Por eso nunca han faltado defensores á la patria, aún en medio de los mayores y más súbitos peligros: los romanos, los godos, los árabes, los austriacos y los borbones hallaron aquí generales improvisados, que arrancaban victorias inesperadas y hacían renacer la guerra y la esperanza del seno mismo de las derrotas. Aquí es un labrador, allí un molinero, mas allá un hacendado, junto á él un herrero ó un contrabandista, ó un fraile, ó un cuadrillero: ordinariamente es del fondo del pueblo de donde salen los Viriatos, Diaz de Vivar, Miguelots, Vallejos, Tamarites y Minas. Y es ocioso que se formulen reglamentos para este linaje de guerra, como lo hizo la junta central, pues sólo el instinto de conservacion y la conciencia pública pueden dar origen y leyes á estos cuerpos transitorios que nacen y mueren con la causa del peligro, y que sirven dentro de su esfera peculiar segun las circunstancias locales ó los incidentes del momento. Forma la guerrilla un hombre por algun título estimado; únesele gente de diversa ralea, patriota, inquieta, desocupada, vagamunda, codiciosa de nombre ó de fortuna, pero toda valerosa, audaz y de sentimiento. Ni el caudillo pide antecedentes, ni averigua el re-